

EL SIGLO III (193-284): La dinastía de los Severos. Los emperadores soldados. Los rasgos fundamentales de la crisis.

Juan José Seguí Marco.
Universitat de València.
GIRHA, 2005.

Bajo la denominación de "crisis del siglo III" se conoce el gran proceso de desintegración de las estructuras que habían sido características del Alto Imperio. Presenta sus antecedentes en el siglo II d.C. y manifiesta palpablemente sus primeros síntomas bajo los Severos (193-235 d.C.). La confluencia de los problemas de estabilidad en la jefatura del estado -donde las rivalidades entre los mandos de los ejércitos tuvieron una causa determinante- con las invasiones de los pueblos bárbaros, llevarán a una fase de "anarquía militar", cuyos momentos más agudos se sitúan entre el 235-268 d.C. La reacción de los emperadores ilirios, que culminó con la entronización de Diocleciano (284 d.C.), supondrá una progresiva y dolorosa recuperación que permitió la supervivencia del Imperio.

No obstante, aunque el estado sobrevivió, no fue sin profundos cambios. Los gérmenes de la autocracia imperial, presentes desde el Principado, se impondrán de forma radical, determinando una monarquía absoluta, en donde las magistraturas y el Senado quedan postergadas en beneficio del ejército y la burocracia. La *restitutio imperii* iba a tener, de este modo, un elevado precio. Aunque los contemporáneos se percataron del contraste que caracterizó este siglo con respecto a los anteriores y de su influencia negativa en lo económico y en lo social, nunca llegaron a contrastar todos sus aspectos ni a entender sus causas. Pero lo cierto es que, aunque actualmente nos hallamos en mejores condiciones para abordar esta tarea, carecemos de los datos imprescindibles para desentrañarla en toda su amplitud, por lo que, con perspectivas nuevas, las explicaciones que se dan del fenómeno son variadas. Podemos afirmar, eso sí, que nos encontramos ante una crisis de gran envergadura, y no sólo política como creyeron los antiguos. Ninguna región, ningún sector, ningún estamento se vieron libres de sus repercusiones. Desde luego, se aprecian diferentes intensidades de la crisis, y cabe matizar sus efectos, pero nunca negarlos. Esto resulta palpable cuando se pone de manifiesto, por ejemplo, cómo los excedentes que se generaban bajo la monarquía de los Antoninos desaparecerán completamente a fines del siglo siguiente. El Imperio se habrá empobrecido en todos los aspectos y, al igual que una piel que se reseca y contrae, sus instituciones y su economía se hallaban dislocadas. La sociedad, cada vez más polarizada, se identificó rápidamente con nuevos valores religiosos. Había sido necesario un enorme sacrificio para mantener la ilusión de que Roma seguía siendo pese a todo, como proclamaban antaño sus clases cultas, *aeterna*.

La dinastía de los Severos.

La muerte de Cómodo el 31 de diciembre de 192 precipitó al Imperio en la guerra civil (193). La elección de Pertinax, candidato del Senado, fue prontamente rechazada por los pretorianos, que lo asesinaron y entronizaron a Didio Juliano. Los ejércitos provinciales repudiaron esta acción y eligieron a sus propios

candidatos: Pescennio Nigro en Oriente, Clodio Albino en Britania y la Galia, y Septimio Severo en el Danubio. Este último, tras adueñarse de Roma y deponer a Didio Juliano, estableció una alianza con Clodio Albino, al que nombró César, y marchó sobre Pescennio Nigro, al que derrotó prontamente (194). A su regreso no tardaría en estallar el conflicto entre Septimio Severo y Clodio Albino. La toma de Lyon (197) y la muerte del candidato occidental permitió a Septimio Severo detentar en solitario el poder y fundar una nueva dinastía, la de los Severos, pese a que oficialmente siempre se declarara entroncada con la de los Antoninos. Por consiguiente, sus hijos, Caracalla y Geta, fueron designados Césares (197-198). Entre la campaña contra los partos (197) y la celebración de los Juegos Seculares (204) el reinado de Septimio Severo alcanzó su máximo esplendor. Pero la muerte del emperador en Britania durante el curso de una campaña militar (211) preparó una nueva crisis política. El gobierno conjunto de Caracalla y Geta finalizó en menos de un año con el asesinato de este último por aquél (212). Dos años después (214) el emperador partió a Oriente con el fin de emprender una nueva campaña contra los partos. En el 217 Caracalla moría en Mesopotamia. Su sucesor fue Macrino, el primer caballero que accedía al Imperio, asesinado tras apenas un año de gobierno (218). Después de este corto paréntesis, la última fase de la dinastía de los Severos abarcará dos reinados. En primer lugar, el de Heliogábalo, descendiente de la esposa de Septimio Severo, Julia Domna. Fanático devoto del culto solar sirio, el joven emperador, dominado por su madre, Julia Sohemias, y por su abuela, Julia Mesa, cometió toda clase de excesos, que sólo hallaron término con su asesinato. Su primo, Alejandro Severo, ocupó la última etapa dinástica con un reinado moderado – gracias al auxilio de su madre, Julia Mamaea- que no fue capaz de contentar al ejército, que acabó finalmente por asesinarlo (235).

Los emperadores soldados.

Con Maximino el Tracio (235-238) el Imperio se sumergió en medio siglo de zozobras. El nuevo emperador, que tuvo que hacer la guerra a los bárbaros en las fronteras europeas, había sido impuesto por los soldados. Los roces con el Senado -nunca se presentó en Roma- desembocaron en una auténtica ruptura cuando los *patres* dieron su apoyo al alzamiento del procónsul de Africa y de su hijo, Gordiano I y Gordiano II respectivamente. Derrotados y muertos en Numidia, el Senado designó dos nuevos Augustos, Pupieno y Balbino, a los que asoció al joven Gordiano III. La muerte de Maximino en Aquilea cuando acudía a restablecer su autoridad en Italia y la de los dos emperadores, asesinados por los pretorianos, dejaron sólo en el poder a Gordiano III (238-244). En el curso de una campaña contra Persia, el emperador murió en una conjura inspirada por el prefecto del pretorio, Filipo el Arabe (244-249), que le sucedió en el trono. Aunque el nuevo emperador consiguió celebrar el milenario de Roma (248) era, poco después, eliminado. En el inmediato cuatrienio, en medio de la reactivación de las invasiones bárbaras, de complots y de usurpaciones, se sucedieron cuatro emperadores: Decio (249-251), Treboniano Galo (251-253), Emiliano (252-253) y Valeriano (253-260). Cuando parecía que por fin con este último la situación se tranquilizaba, sobrevino un desastre inaudito. El emperador fue capturado por los persas sasánidas del rey Sapor I (241-273). Su hijo, Galieno (260-268) asumió el poder rodeado de incursiones bárbaras y haciendo frente a usurpaciones internas (Imperio Gálico de Póstumo y Tétrico). El Imperio Romano, que parecía en aquellos momentos condenado sin remisión a

desmoronarse, logró sin embargo superar el caos. La llegada de los emperadores ilirios supuso una lenta pero indiscutible recuperación. Claudio II el Gótico (268-270), Aureliano (270-275), Tácito (275-276), Probo (276-282), Caro (282-283), Carino (283-285) y Numeriano (283-284) fueron, como sus monedas propagandísticamente proclamaban, *restitutores orbis*, pues lograron reponer paulatinamente la autoridad central del Estado y la seguridad en las fronteras.

Los rasgos fundamentales del siglo III

Resulta evidente que una inestabilidad política tan prolongada no era fruto de la casualidad sino de la convergencia de una serie de fenómenos que fueron socavando, tanto por su diversidad como por su intensidad, los moldes sobre los que se asentaba la fortaleza y prosperidad del Alto Imperio. Veamos a continuación los aspectos fundamentales que actuaron en esta transformación.

I-Los aspectos militares.

Desde el reinado de Marco Aurelio el Imperio había entrado en una fase militar activa, quebrando los pacíficos reinados de Adriano y Antonino Pío. Pero, a diferencia de la fase bélica anterior, no era Roma la que abría las hostilidades, sino que la guerra le era impuesta contra su voluntad. La presión en las fronteras, especialmente en la danubiana, entre el 166 y el 180 d.C., dio paso, después de un período de calma relativa bajo los reinados de Cómodo y los Severos, a una vorágine bélica exterior de una intensidad y propagación hasta el momento desconocidas. Hacia el 233-234 las violentas arremetidas bárbaras se reanudaron sobre el Danubio y el Rin, y en ellas participaron no sólo pueblos conocidos de los romanos (carpos, sármatas) sino también tribus nuevas (alamanes, francos, godos, hérulos o vándalos). La estrategia romana se había basado desde Augusto en situar sobre la frontera la mayor parte de las legiones. Ahora los ataques masivos y generalizados en casi todos los sectores desmoronaban unas defensas carentes de profundidad, haciendo imposible la defensa eficaz de todo el *limes*. Desde el 259 los bárbaros irrumpirán profundamente en el Imperio, desparramándose por todo Occidente: los alamanes y los francos por el norte de Italia, la Galia e Hispania, mientras los godos lo harán sobre Grecia y Asia Menor.

Pero la situación no era sólo conflictiva en Europa. La caída de la dinastía arsácida en Persia permitió la llegada de los Sasánidas (224), un linaje nacionalista que reivindicaba la herencia territorial aqueménida, y por tanto las tierras romanas de Oriente. Con Sapor los ataques persas pusieron en aprietos la defensa del Éufrates. En el 260 el emperador Valeriano fue capturado y las fuerzas romanas quedaron a la defensiva. La paz en este escenario nunca más se restableció de forma prolongada hasta finales de siglo. Si no se quería que el desastre fuera irreversible los emperadores eran conscientes de que resultaba imprescindible introducir reformas que fortalecieran la maquinaria militar. Los tribunos laticlaves y los legados de legión de origen senatorial desaparecieron alrededor del 260, siendo sustituidos por caballeros (prefectos) que así ocupaban la dirección y los estados mayores de las legiones. Las gobernaciones provinciales también pasaron a ser desempeñadas por *praesides* del orden ecuestre. Las levas denotarán un incremento de soldados originarios del mundo rural de las regiones danubianas e ilirias, cuando lo normal hasta entonces había sido el legionario proveniente de las zonas más romanizadas. Y, al mismo

tiempo, se consolidó la presencia junto a las legiones y sus tropas auxiliares, de *numeri* bárbaros encuadrados bajo autoridades romanas. Incluso se ensayó la federación de todo un pueblo con el estado romano recibiendo tierras a cambio de proteger una zona fronteriza que le era asignada, como es el caso del establecimiento con ese fin en Panonia del rey y pueblo de los marcomanos por el emperador Galieno. Además, este emperador también fue el responsable del primer escalonamiento de las fuerzas romanas en profundidad, detrayendo de las legiones fronterizas destacamentos (*vexillationes*) que se replegaron sobre los principales nudos urbanos de la retaguardia, a la par que situó un importante cuerpo de caballería, una verdadera masa de maniobra que permitiera una respuesta eficaz, en *Mediolanum* (Milán). Al mismo tiempo se llevó a cabo una importante rectificación fronteriza. Las cabezas de puente situadas en el Rin al norte del Rhur fueron abandonadas. Los Campos Decumates se evacuaron y se volvió a la vieja frontera germano-rética del Lago de Constanza y del Danubio Superior. En Dacia se organizó el repliegue durante los reinados de Gordiano III y Aureliano (242-271). La dolorosa medida se intentó disfrazar al otorgar eufemísticamente el nombre de Dacia a lo que no era sino una parte de la antigua provincia de Mesia.

2-Crisis política e institucional.

Desde los tiempos de Marco Aurelio la estabilidad de la jefatura del estado se había visto sometida a algún que otro revés (sublevación de Avidio Casio), poniendo en evidencia que la seguridad del emperador era una utopía. La asociación al poder por Marco Aurelio de su hijo Cómodo quebró intencionadamente la tradición adoptiva, para recuperar con la fórmula dinástica característica del siglo I, la solidez en la continuidad y sucesión imperial. La inclinación de este reinado hacia la sacralización de la figura del emperador no hacía sino confirmar una tendencia despótica desconocida en el siglo II y que coincidió, comprensiblemente, con el progresivo deterioro de las relaciones con el Senado. La guerra civil que acabará con la entronización de los Severos (193-197) allanó definitivamente el camino hacia el robustecimiento de la monarquía militar. El ejército será ya, sin discusión, la fuente única del poder. Fueron las legiones las que impusieron sus candidatos y las dinastías debían contar con su aquiescencia si pretendían sobrevivir. Como se comprenderá fácilmente, la casa imperial cuidó con generosidad los sueldos y privilegios de los soldados: con los Severos, por ejemplo, la paga de los legionarios ascendió, de 300 a 500 denarios; se autorizó a los militares a contraer matrimonio; los soldados pudieron alcanzar el tribunado militar y aún puestos superiores; los centuriones obtener el rango ecuestre. Con esta ayuda el emperador se sintió en condiciones de imponer sobre el Senado las decisiones palaciegas, de lo que era un claro reflejo el predominio de la corte y del *consilium principis*, y de reforzar la sumisión y fidelidad de sus súbditos favoreciendo el uso oficial de la titulación *Dominus*, verdadera antesala de la divinización en vida. Con Cómodo las tensiones con el Senado habían sido frecuentes. Con Septimio Severo, que había encontrado una dura oposición entre un sector de senadores favorables a los otros candidatos, la depuración senatorial fue profunda. También se produjo una reducción *de facto* de sus competencias: las provincias tendieron a ser administradas por caballeros y los senadoconsultos perdieron importancia frente a las constituciones imperiales.

Este sesgo autoritario se agudizó durante todo el siglo III. Con Maximino el Senado fue considerado un enemigo. Galieno, pese a serle favorable, eliminó a los hijos de los senadores del mando de las legiones, transfiriéndolas a los prefectos de rango ecuestre, ante la necesidad de hombres experimentados en los campos de batalla. La reacción contraria también fue frecuente. Hubo emperadores surgidos de la aristocracia senatorial inclinados a restablecer su menguada autoridad: Pértinax, Severo Alejandro, los Gordianos, Pupieno y Balbino, Decio, Valeriano, el mismo Galieno, Tácito. Pero fue una tendencia estéril que fracasó ante la demoledora realidad que imponían otras necesidades y otras fuerzas más poderosas. Así pues, surgió un nuevo tipo de emperador, formado en el ejército, de origen periférico -especialmente ilirio (Aureliano, Probo, Caro, Diocleciano y Maximiano)- y rodeado de una mística militar, como queda probado en los calificativos que ostentarán (*Felix* o *Invictus*), o por el auge de las divinidades bélicas protectoras (Marte o Hércules).

3- Crisis económica y financiera.

La gran particularidad que presenta este siglo está en la indicada dimensión estructural que manifiesta, y que llegó a alterar sus más antiguos y peculiares fundamentos vitales, aunque es imposible establecer una relación fiable de causas y efectos. Un primer hecho que llama la atención es la ruptura de la estabilidad demográfica y, en consecuencia, la despoblación de muchas zonas. Las ciudades, en muchos casos amenazadas por las guerras, padecieron el abandono de parte de sus habitantes que buscaron refugio en los campos. En otros lugares nos hallamos ante el fenómeno contrario, cuando las poblaciones rurales se ampararon tras la seguridad que ofrecían los muros urbanos -ahora apresuradamente reparados, aunque reducidos en sus perímetros por la necesidad de simplificar y abaratar las defensas -, abandonando las áreas rurales. Pero no fue solamente una redistribución del poblamiento, ya que nos hallamos ante una reducción de la población total. En efecto, las pérdidas humanas como consecuencia de las guerras, la falta de higiene y la mala alimentación debieron ser, aunque incuantificables, muy importantes. Sabemos de la propagación de grandes pestes en tiempos de Marco Aurelio, transformadas en verdadera pandemia a partir del 250.

Un segundo factor fue la crisis de producción. Las actividades agrícolas y mineras se redujeron considerablemente. La inseguridad y la falta de brazos condujeron, principalmente, a una caída de la producción y de la productividad. Muchas tierras fueron abandonadas y muchas minas cerradas. Por las mismas razones el comercio y los transportes se paralizaron o languidecieron. Una disminución de la producción asociada a las difíciles condiciones que la inseguridad general creaba en los intercambios, explica la contracción de los tradicionales circuitos de comerciales. Asimismo, debieron tener una incidencia muy negativa en todo el proceso las alteraciones monetarias. El tradicional denario de plata, que había ido perdiendo peso y ley durante el siglo II, va a ser sustituido por el antoniniano, que equivalía a denario y medio y que sólo tenía el 50% de plata. A mediados del siglo III la moneda contenía únicamente un 5% de plata y había perdido peso. Esto se debía a que los emperadores alteraban en sucesivas emisiones la proporción de metal noble para así garantizarse nuevas acuñaciones que les permitieran cubrir sus angustiosos gastos. Pero la repercusión era inexorable. La profusión de moneda deleznable produjo la

tesaurización de las monedas buenas y una descomunal inflación de precios, que ya venía incubándose por la mencionada reducción de la oferta de productos y de mano de obra. El valor del trigo, por ejemplo, era en el año 301 unas trescientas veces más alto que a principios del siglo I.

El Estado también fue responsable de otro elemento de la crisis: la elevada presión fiscal. Los gastos públicos no dejaron de aumentar, especialmente las partidas asignadas al ejército. Los sueldos de los militares ascendieron continuamente -la paga de un legionario con Septimio Severo era de 400 denarios y con Caracalla de 600-, así como los *donativa* a los soldados. La inflación y el envilecimiento monetario favorecieron la tendencia a exigir parte de los impuestos en bienes materiales para poder utilizarlos directamente en el abastecimiento de los ejércitos y de los funcionarios. En consecuencia, entre el 268 y el 284 los dos impuestos clásicos, el *tributum soli* para los propietarios, y el *tributum capitis* o *capitatio* para los asalariados fueron conservados, pero obligando a que se abonaran parcialmente en especie, sobre todo el impuesto sobre bienes fundarios -de ahí que el impuesto acabó por conocerse como *annona*-, aunque manteniendo el pago de una parte en moneda (*adaeratio*). Los notables locales, los antiguos decuriones, ahora más conocidos como *curiales*, eran los responsables de su recaudación ante las autoridades provinciales y centrales.

4- Crisis social y religiosa.

Como no podía ser menos, la organización social no salió indemne de estos cambios. Los estatutos particulares de los habitantes del Imperio y de sus comunidades urbanas fueron unificados por Caracalla con la promulgación de la Constitución Antoniniana del 212, que supuso la concesión de la ciudadanía romana -salvo alguna excepción como los enigmáticos *dediticios*- a todos los habitantes del Imperio, lo que permitirá, según se vio, extender a la mayoría de la población las cargas fiscales. Pero el alcance de la medida, aunque inmenso desde el punto de vista teórico, fue limitado en lo social. Las desigualdades tradicionales se mantuvieron. El orden senatorial continuó siendo el elemento superior de la pirámide social, aunque en su seno se fueron perfilando alteraciones. La vieja tendencia al crecimiento de senadores de origen provincial, muy fuerte con los Severos, culminó entre el 235-284, cuando ya formaban mayoría (56 %). Se dio, dentro de la mencionada tendencia hacia la supresión de los poderes efectivos del Senado, la desaparecieron de algunos escalones de la carrera senatorial, como el vigintivirato, el tribunado laticlave, la edilidad y el tribunado de la plebe, mientras otros subsistieron, aunque con menores competencias, como la cuestura, la pretura y el consulado, que, al ser acaparados por los funcionarios imperiales, redujo cada vez más al Senado a una cámara de notables, situación sólo parcialmente compensada por el prestigio y los privilegios que todavía entrañaba el pertenecer al *ordo*. La ascensión de los caballeros fue, por contra, la nota más destacada del siglo III. La razón debemos buscarla, como ya indicamos, en las necesidades militares del momento para las que su estamento se encontraba mejor preparado. Hasta Galieno la carrera ecuestre no se modificará. De aquí en adelante ya podrán mandar legiones, extender sus mandos sobre más provincias en calidad de *agens vice legati* y formar un cuerpo esencial de funcionarios que controló la administración judicial, ahora en manos imperiales gracias a su reforma

organizativa (*cognitio*), y fiscal. Estos dos órdenes, los senadores (*virii clarissimi*) y los caballeros (*virii egregii*), formaban de hecho un mismo grupo social, igualados por su riqueza y privilegios, que ya empezaba a ser denominado globalmente como los *honestiores*. Por debajo se encontraban las clases medias (*curiales*), el nervio de la sociedad del Alto Imperio, que se habían ido distanciando patrimonialmente del grupo ecuestre al ser los más afectados por la crisis económica. Sus larguezas municipales desaparecieron -con la inevitable repercusión en el esplendor de las ciudades- y sus dificultades financieras, incrementadas por la presión fiscal y la inflación, repercutieron cada vez más sobre sus propiedades y recursos, abarquillando por su centro la espina dorsal de la sociedad romana. En el escalón inferior (*humiliores*) la aproximación material que se manifestaba

entre campesinos, tanto pequeños propietarios como colonos (arrendatarios), libertos y esclavos, sentaba las bases de una igualación jurídica que todavía las leyes no reconocían. Su situación, sobre todo en los medios rurales, no era buena y, especialmente en la Galia, protagonizaron importantes revueltas conocidas como bagaudas.

La crisis también iba a tener, forzosamente, repercusiones morales e intelectuales. Como hemos visto, los emperadores en este momento diseñaron un programa de cohesión interna en el que la restauración de la religión tradicional, con el necesario restablecimiento de la *pax deorum*, fue considerada una pieza clave para recobrar el antiguo poderío romano. La actitud rebelde del cristianismo, que rechazaba los sacrificios a los dioses como actos idólatras, condujo a considerarlo traidor al Estado y a ponerlo fuera de la ley. Al margen de represiones aisladas (Septimio Severo, Maximino el Tracio), los cristianos fueron duramente perseguidos, en especial desde el 250 con el emperador Decio. A todos los súbditos se les obligaba a sacrificios paganos ante los magistrados bajo pena de muerte. La persecución siguió bajo Valeriano (257), hasta que Galieno promulgó un edicto de tolerancia (260). Sin embargo, el exterminio del cristianismo se demostró imposible, aunque la persecución creó en su seno graves problemas, especialmente el de los *lapsi* o *libellatici*, cristianos que habían cedido a las presiones del Estado y que tras el cese de las persecuciones querían regresar al seno de la Iglesia. Posiblemente, esta gran capacidad de resistencia que por entonces puso en evidencia el cristianismo guardaba relación con las características particulares de la mayoría de los movimientos religiosos que cobraron auge durante aquella centuria y con los que el cristianismo tenía muchos paralelismos. Las tendencias organizativas de carácter intimista pero solidario, sometidas a una estructura eclesial, junto a aspectos como el monoteísmo y la creencia en la vida eterna tras la muerte, otorgaban a sus seguidores una fortaleza ideológica poco usual. Durante el siglo III, además del cristianismo, también participaron en alguna medida de estos principios los denominados cultos orientales -sobre todo los de Cibeles, Isis y Mitra-, así como las prácticas paganas que, revitalizadas, mejor podían adaptarse a las preferencias religiosas de aquellos tiempos (misterios de Eleusis). No debemos tampoco olvidar las corrientes de tipo filosófico que cobraron vitalidad entre las clases elevadas al hallarse más próximas a las nuevas necesidades espirituales (neoplatonismo).